

Espadas son triunfos

MANUEL URIBE ÁNGEL

Ilustrado por
ALEFES SILVA

Estás páginas del escritor y médico antioqueño Manuel Uribe Ángel (1822 - 1904), son algunas de las más hermosas de cuantas se han escrito sobre los héroes de la independencia. En ellas el autor, con gracia y descomplicación, cuenta cómo se manifestaban la inteligencia, el valor y la generosidad de dos de los más insignes próceres de la gesta libertadora, Antonio Nariño y José Antonio Páez.

Manuel Uribe Ángel fue, tal vez, el más reconocido intelectual antioqueño del Siglo XIX: médico, geógrafo, botánico; pero, ante todo, uno de los narradores más sobresalientes de la literatura colombiana de ese periodo.

Espadas son triunfos



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



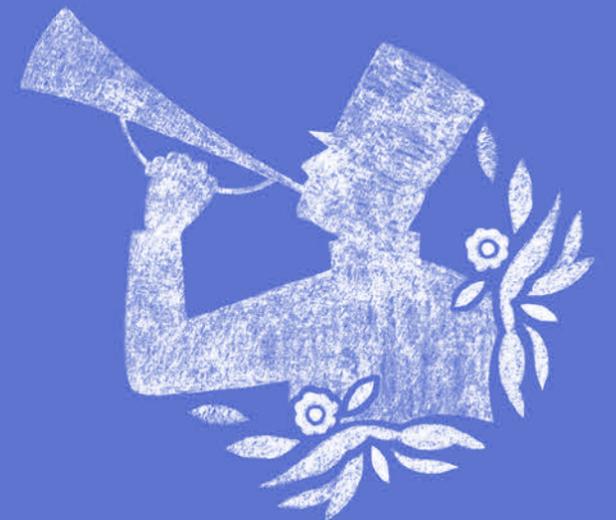
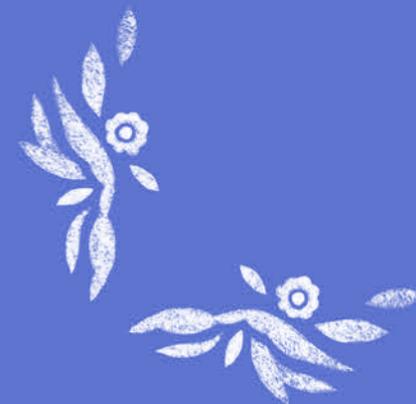
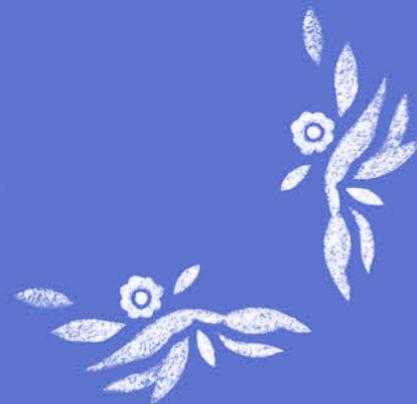
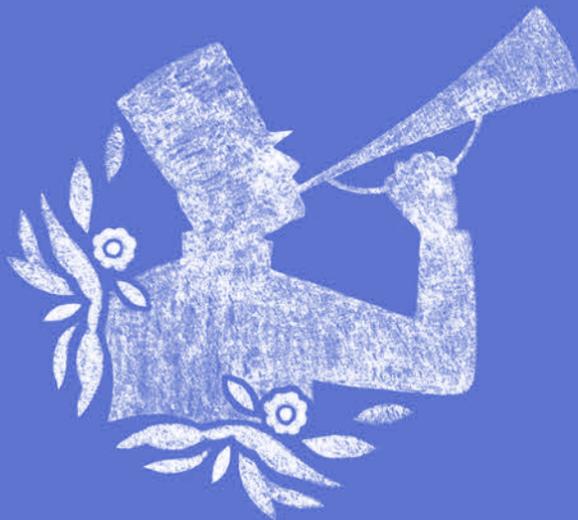
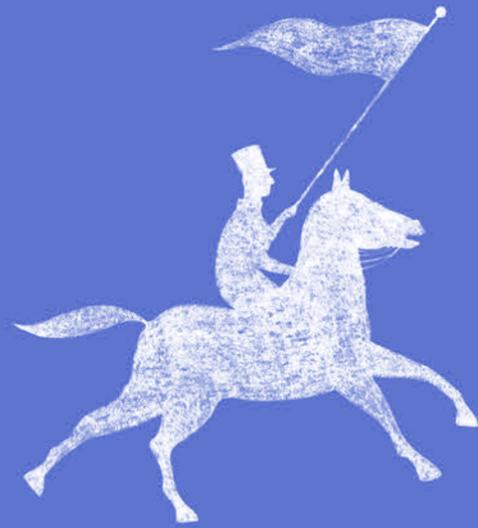
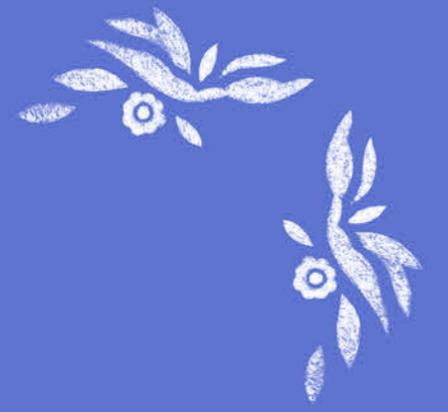
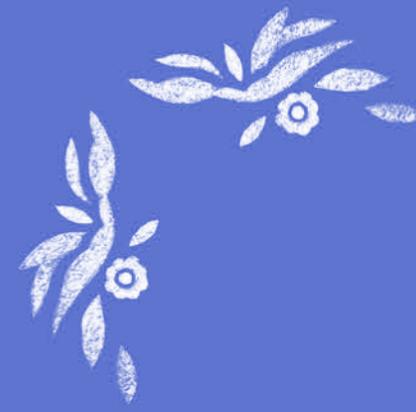
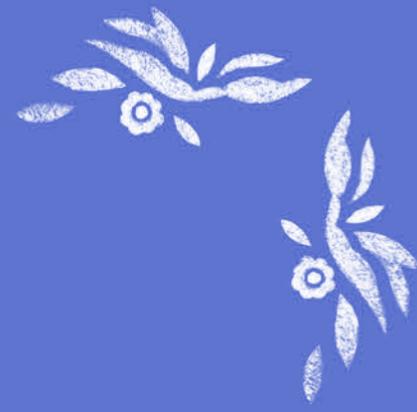
Biblioteca
Nacional de
Colombia

ISBN: 978-958-5488-73-1



9 789585 488731

Este libro es gratuito, prohibida
su reproducción y venta



Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

MANUEL URIBE ÁNGEL

Ilustrado por
ALEFES SILVA



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

* * *

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**
Carmen Inés Vásquez
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**
María Victoria Angulo
Ministra

* * *

Primera edición, junio 2019

ISBN: 978-958-5488-73-1

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co

* * *

AUTOR
Manuel Uribe Ángel

Editor
Iván Hernández

Ilustrador
Alefes Silva

Coordinadora editorial
Laura Pérez

Comité editorial
Guiomar Acevedo
María Orlanda Aristizábal
Iván Hernández



**Espadas
son triunfos**

* 5 *

**Me la conoció
el Nariñito**

** 19 **



Espadas son triunfos

La vida militar, política y social del general José Antonio Pérez suministra material para fabricar, más de veinte poemas de a quinientas páginas cada uno.

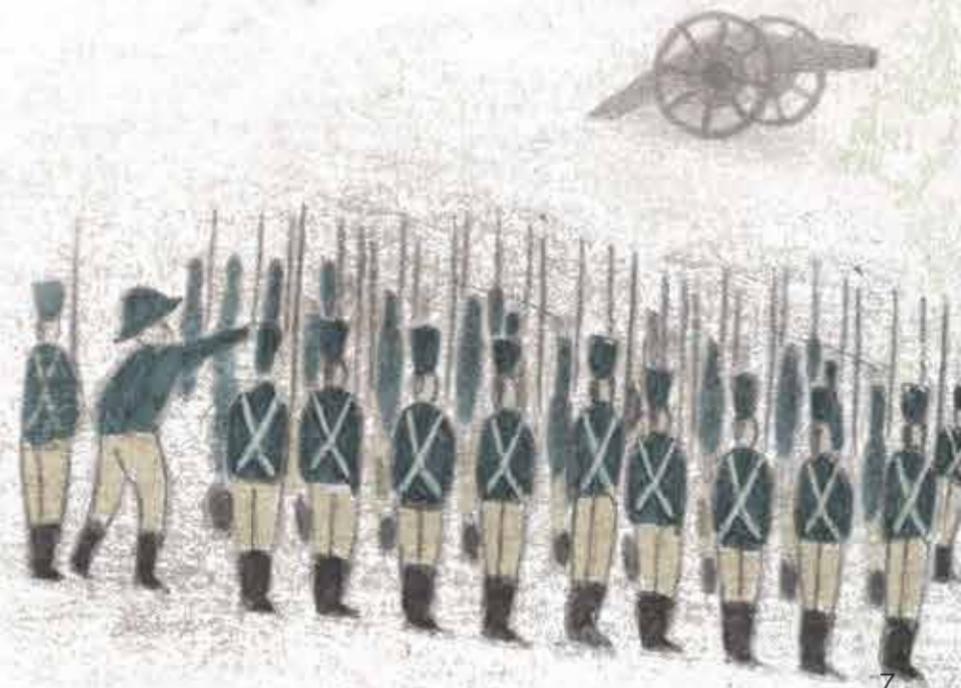
En el año 1850, el mencionado general pasaba de los sesenta años de edad; era tipo perfecto de robustez física, de claridad mental y verdadera efigie del veterano valiente, tal cual lo imaginamos y conocemos, los que hemos visto y estudiado de cerca los restos de los obreros de la guerra grande de Colombia. No muy alto el cuerpo del general, su organización era sólida y bien proporcionada. A la verdad, era un poco obeso, cargado de espaldas, ancho de pecho y rígidos músculos. Cuando se ponía de pies hacía pensar en la belleza de formas del célebre *Torso* del Museo del Vaticano, tan admirado, se dice, por aquel rey de los artistas a quien llama el mundo Miguel Ángel. Completábase la fisionomía de Páez en semejante época, con una cabeza cubierta de canas y con una cara adornada de pera y bigote blanco, como si fuesen hechos por la aglomeración metódica de una madeja de hilos de plata simétricamente recortados sobre fondo cobrizo.



6

Ya había nuestro héroe vacado de sus faenas militares tan cuidadosamente narradas por la historia patria, y ya, como la mayor parte de nuestros presidentes de República, había experimentado personalmente cuanto tiene de voluble y de incierto el giro caprichoso de la rueda de la fortuna política. Estaba a la sazón desterrado de Venezuela, y golpeaba la puerta de la gran república del Norte, pidiendo hospitalidad y abrigo.

Cuando un célebre personaje llega a una gran ciudad norteamericana o europea, acontece que se lo disputan hosteleros y periodistas; los primeros para provocar aumento de concurrencia a sus establecimientos, y los últimos para acrecentar las suscripciones de sus diarios.



7

Eso, ni más ni menos, sucedió con el prócer venezolano, quien por fin de cuentas, no pudiendo alojarse en todas las posadas a la vez, lo hizo en casa de Astor, recomendada entonces por su lujo y por sus grandes comodidades. Los papeles públicos se llenaron de artículos encomiásticos, y entre pomposas biografías, saluciones acaloradas, numerosas visitas, serenatas, invitaciones oficiales y pruebas de distinción llegadas de todas partes, el caudillo del Apure fue objeto por muchos días de los más espléndidos agasajos.

Pasado el primer flujo de exaltación general, la morada del insigne batallador quedó como centro de diarias reuniones, en que sus amigos particulares buscaban agrado y hallaban entretenimiento.



Una tarde estaban algunas personas de visita en su casa, y se solazaban íntimamente oyendo la relación ingenua y sencilla de varios hechos y accidentes ocurridos en sus campañas. A una de ellas debo el conocimiento de la anécdota que paso a referir.

Se trataba del general Bolívar, y Páez tenía la palabra.

—Ustedes saben, decía, que ni soy literato ni filósofo ni gran razonador. Yo me tengo simplemente, lo que no es poco, por soldado en el pleno goce de un arreglado y simple sentido común; pero la poquedad de mis facultades no me impide aplicarlas a la apreciación exacta de algunos hechos, y al juicio que debe formarse de algunos hombres.

Sentí admiración por el Libertador, y si al fin me rebelé contra su idea de gobierno en Valencia, lo hice porque ya por error o ya por acierto, me convencí de que su sistema político no convenía a la República de Colombia. Fuera de eso, yo le vi y estimé siempre como personaje portentosamente grande, y tan grande que todo lo que me cuentan de Napoleón, me parece poco cuando lo comparo con lo que Bolívar obró.

Napoleón, señores, estuvo rodeado por tenientes y subalternos, que, a ser cierto lo que sobre ellos se escribe y lo que yo he leído por allí en algunos libros, eran tan grandes como él, y sin duda los más grandes capitanes del mundo después de él. Kléber, Davoust, Monsey, Soult, Lannes, Massena, Ney, Murat, y tantos otros, hubiera podido cada uno de ellos mover el mundo, volcar naciones y conquistar reinos, si él no se les hubiese anticipado y si no los hubiera dirigido. Todos eran obedientes y lo secundaban con inteligencia.

En cambio, el Libertador tenía a su lado a Mariño, a Píar, a Juan Gómez, a Saraza, a Infante, a Vargas, a Maza y a otros sujetos por el estilo. Dominar aquella



gente, someterla y hacerla servir útilmente al plan que se proponía, como señor omnipotente de todas las voluntades, a eso llamo yo grandeza y a eso llamo genio.

Para que ustedes se convenzan de la importancia que tiene lo que les digo, agregaré, añadió el ilustre llanero, que a nosotros los subalternos solían acontecernos amargos trances para poder ser dueños y señores de los hombres que nos estaban encomendando.

Vea usted lo que me pasó en el Alto Llano. Estábamos en la época de la guerra a muerte, nuestro ejército había sido casi diezmado por los españoles y sus restos dispersos vagaban por aquellas soledades buscando punto de reunión para emprender nuevas campañas.

Me había quedado un escuadrón corto en número, pero compuesto de verdaderos leones. Leones tal vez no es la palabra propia, digamos tigres, porque al infinito valor unían infinita ferocidad. Eso de la ferocidad era un inconveniente; pero en fin, yo tenía necesidad de ellos y con ellos iba.

Una noche de verano tuve urgencia de mover el campo y emprendí marcha por aquellos desiertos, que como ustedes no ignoran forman extenso territorio en que se presenta, ahora una mata de monte, ahora un río caudaloso, luego un caño de difícil vado y después un calor sofocante, un pajonal intransitable, una venenosa serpiente o un leopardo voraz.

Antes de emprender camino reuní mi gente y le dije: “Camaradas: esta noche vamos a tal parte; ustedes saben que los españoles nos salen de un matorral cuando menos lo esperamos; que somos pocos y que si nos vemos en el caso de pelearles una batalla, seremos probablemente vencidos y muertos en seguida, porque ni nosotros ni ellos damos cuartel” Es preciso, pues, andar en silencio y en silencio sepulcral.



En efecto, esta y otras precauciones que yo tomaba, eran imperiosamente exigidas por la situación. Que los enemigos nos caían de golpe, como cae un rayo, bien lo probaba lo sucedido en Matalamiel, donde D. Simón se salvó por milagro, y que estábamos en ocasiones de espionaje, de asechanzas, de sorpresas y de asaltos, y que teníamos que combatir de día, de noche, a todas horas y a cada momento, bien se conoce por la narración histórica de nuestra guerra.

Dije, pues, a mi escuadrón que debíamos marchar en silencio sepulcral, me coloqué a la cabeza de él y rompí a andar.

Entre muchos jefes y soldados casi inmanejables que llevaba en mi compañía, estaban Castejón, Ramos, Pérez, Reyes, Infante, Gómez y otros más, cuyos nombres no recuerdo en este momento.

Habríamos andado trecho de media legua, cuando escuché un leve susurro hacia la retaguardia, como si fuera ocasionado por dos personas que hablasen en voz baja. Un momento después el susurro se convirtió en conversación clara y distinta, en que noté las voces de Castejón y Pérez; y como levantasen más el tono, me persuadí de que disputaban entre sí y que se insultaban con acrimonia.

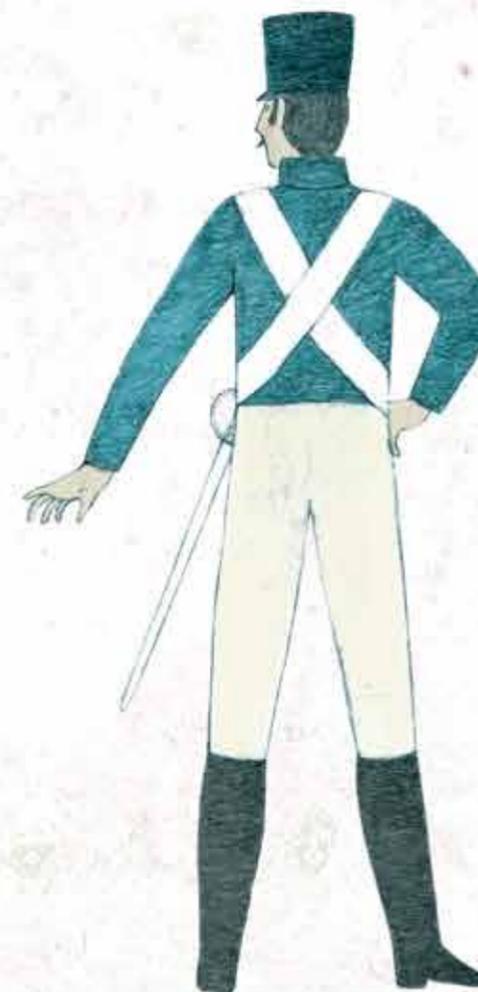
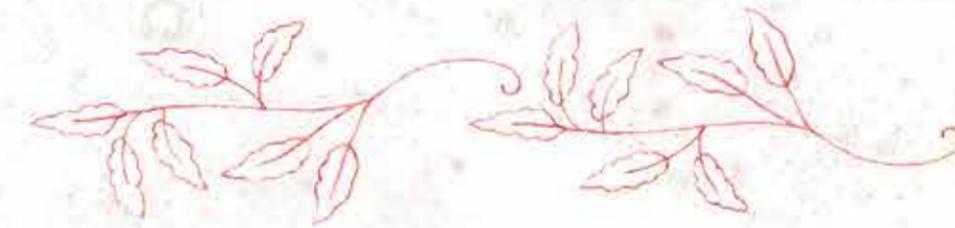
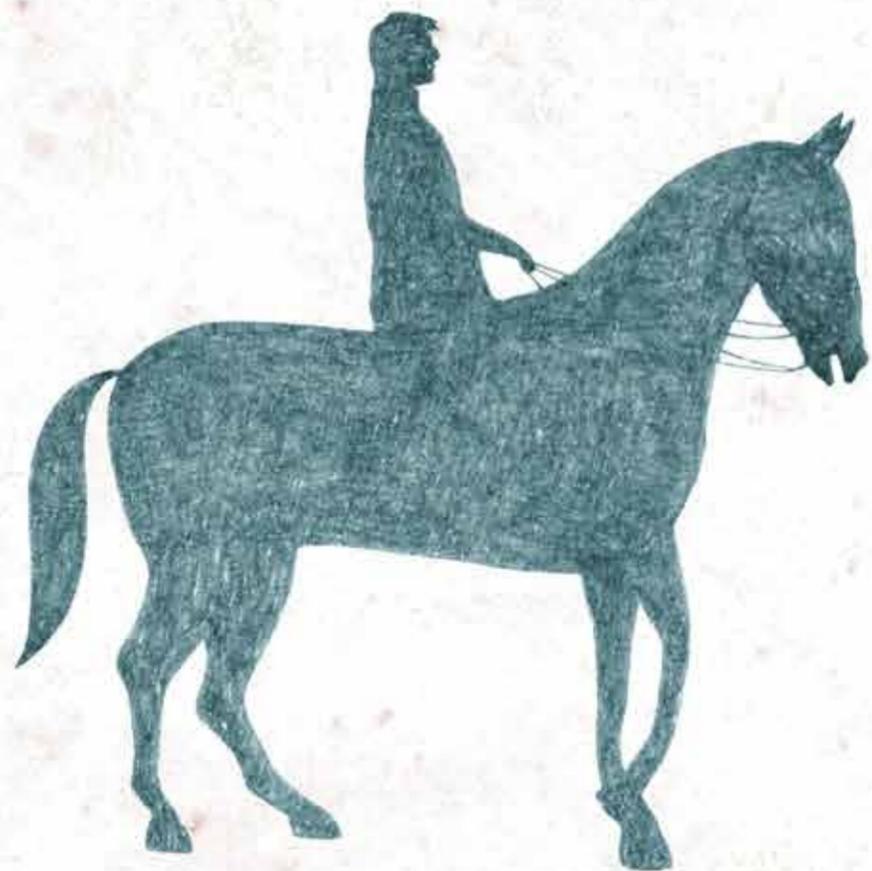
Detuve entonces mi caballo, mandé hacer alto a la tropa y dije en voz alta: "Silencio, señores", y obedecieron.

Seguí andando; pero no bien había avanzado doscientos pasos, cuando percibí que la disputa se empeñaba de nuevo, más ruidosa, más cruda y más agresiva.

Me detuve otra vez, y con un grito imperioso y decisivo mandé nuevamente que se hiciera silencio y que se anduviese con orden.

Seguí avanzando y el escuadrón tras de mí; mas pasado a poco rato, la contienda entre los dos oficiales se entabló de nuevo, y esta vez con exclamaciones, insultos y denuestos que ensordecían.





La cólera se apoderó de mí; el furor me invadió repentinamente; volví con rapidez mi caballo; llegué cerca de los que disputaban, y encarándome con Castejón que parecía ser el más hostil, el más insubordinado y el que seguía insultando al otro, aún en mi presencia, le dije con voz de trueno:

—He mandado a hacer silencio; calle usted.

—No quiero callar, me contestó.

Entonces, en el frenesí de la rabia más espantosa que haya tenido jamás, salté de mi caballo y cuando puse los pies en tierra, ya tenía mi espada fuera de la vaina.

—Bájate, Castejón, dije al llanero.

—¿Y por qué he de bajarme? Me respondió colérico.

—Porque voy a matarte ahora mismo, infame, contesté.

No bien pronuncié estas palabras cuando ya el valeroso y temerario mulato estaba en tierra, desenvainando su sable y en guardia.

Los soldados del escuadrón enmudecieron, atendiendo sin duda a la solemnidad del momento. La luna alumbró el campo, y Castejón y yo entramos en combate.

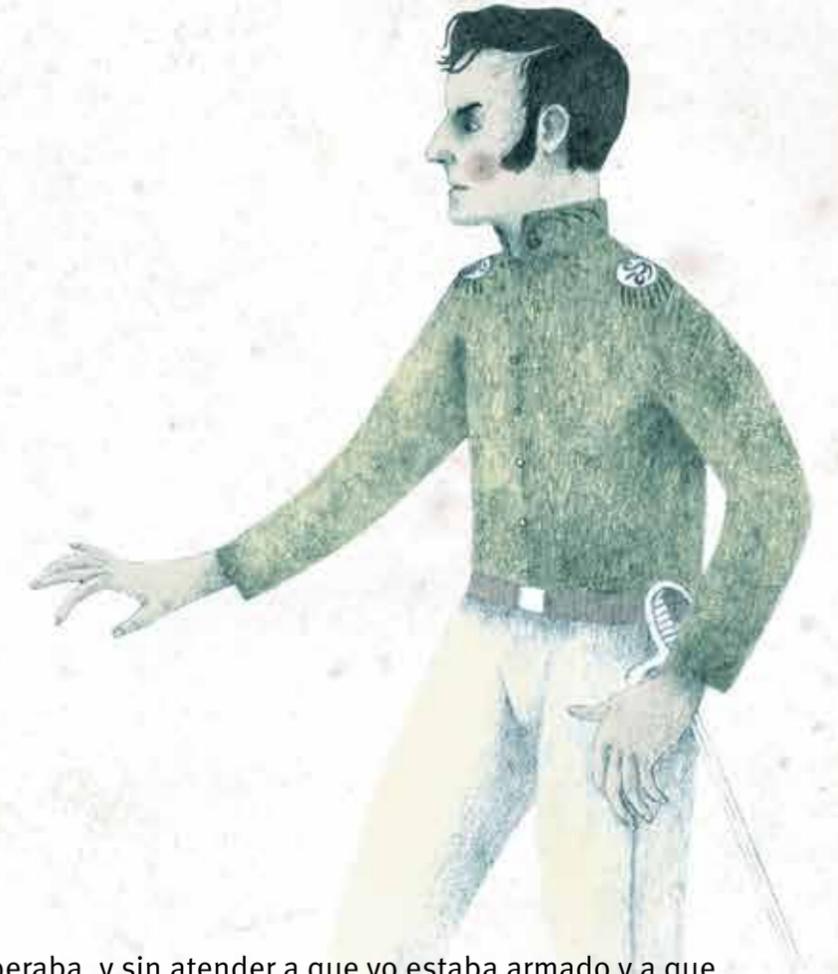




Como no habíamos aprendido el uso de la espada en un salón de esgrima, poco entendíamos de tercia ni de quinta ni de flanconada. Sabíamos solamente irnos a fondo con intención de matar, y sin otras precauciones para no ser heridos, que las que da el instinto de la propia conservación.

Tres o cuatro cuchilladas nos habíamos tirado sin hacernos daño, cuando, o porque yo entendiese un poco más en el manejo de las armas que mi competidor, o por casualidad, fue lo cierto que a uno de mis golpes, el acero de mi contrario voló alto en el aire, dando vueltas y reflejando en su lámina la luz plateada de la luna.

Al ver así a mi antagonista, clavé la punta de mi espada en el suelo para darle tiempo a que empuñara de nuevo su sable.



No hizo lo que yo esperaba, y sin atender a que yo estaba armado y a que podía matarlo instantáneamente y en el puesto, abrió los brazos y con furor de pantera se lanzó sobre mí.

Al ver lo que hacía solté la espada y con los brazos abiertos, como él, esperé tranquilo.

Enlazados el uno con el otro, como suelen enlazarse dos corpulentos troncos en el bosque por medio de rígidos bejucos, quedamos aquel hombre y yo, como si nuestros dos cuerpos no formasen más que uno. La fuerza con que nos estrechamos debió ser tan violenta, que sentí alguna cosa parecida al rompimiento de mis costillas o al estallido repentino de mi cabeza. Castejón por su parte quiso tomar aliento y respirar, pero en vez de lograrlo, rugió como una fiera en agonía.

Ensayamos mutua y alternativamente algunos movimientos de flanco y otros hacia delante y hacia atrás, hasta que por fin, favorecido por mi mayor pericia en el arte de luchar, logré envolver una de las piernas de Castejón en otra de las mías, empujarlo hacia atrás, retorcerlo con violencia y aterrarlo.

Cuando aquel hombre estuvo en el suelo y debajo de mí, logré, no sin dificultad, empuñar sus dos brazos, cruzarles sus dos manos sobre el pecho, hincar una de mis rodillas sobre ellas y sacar mi puñal.

Parecíame tener bajo mis plantas un león embravecido. Aquel hombre estaba verdaderamente espantoso, movido por la ira.

Aprovechando la ventaja adquirida, blandí mi puñal, cercano a su corazón y dije:

—Ríndete, Castejón.

—No me rindo, contestó.

—Ríndete, miserable.

—No me rindo.

—Ríndete o te mato.

—Máteme, general, no me rindo.

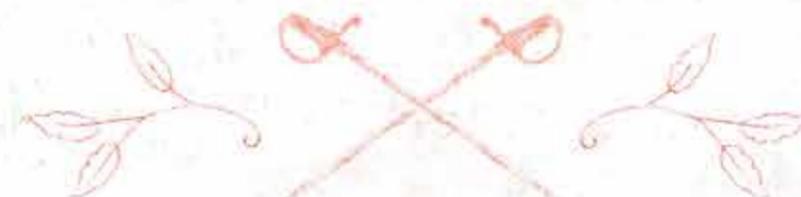
Entonces me puse de pies, empuñé mi espada y le dije:

—Recobra tu arma, y acabemos de una vez.

No, mi general, estoy vencido, me respondió.

“A caballo”, dije, y dirigiéndome al escuadrón: “En marcha, camaradas”, y seguimos adelante.

El silencio de aquella no fue turbado por voz humana, y algunos de aquellos soldados me sirvieron después en “Las Queseras del Medio”.





Me la conoció el Nariño

19

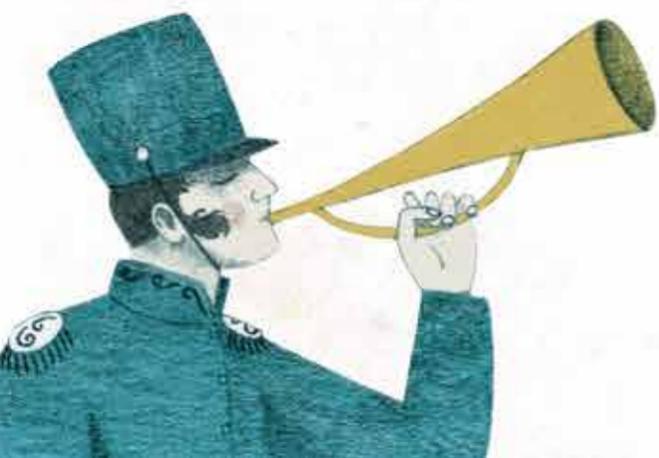
El general Antonio Nariño era una mezcla de travesura y seriedad; hombre grave en ocasiones, asumía a veces el carácter festivo y alegre de un cachaco bogotano. Prudente en el consejo, sagaz como magistrado y temerario en el campo de batalla, era suave e insinuante en el trato social, y para cortejar a las damas había sido hecho como adrede. Su elegancia en los salones no dejaba más que pedir. Alto y recto de cuerpo, cabellera y barba negras, nariz borbónica, boca expresiva y ademanes sueltos hacían de él, por su conjunto, un personaje de esos que según la expresión de lord Chesterfield, llevan con su persona una buena recomendación a todas partes.

El general X, gobernador de Cuenca y general del ejército español, era un vejezuelo rechoncho y robustote, con los requisitos propios de un viejo godo, abrigado en la vestimenta de una notoria estolidez; mediano de cuerpo, rubicundo de piel, con cabellera y cejas grises, arrugada la frente y con movimientos descompasados, pretendía ocultar con una movilidad permanente su incapacidad ingénita. Era tenido por fatuo y necio entre sus amigos, y parece que aquellos calificativos no le sentaban mal.

Nariño tradujo los *Derechos del hombre* en 1794 y los hizo conocer subrepticamente entre algunos jóvenes acalorados y patriotas de la capital del Nuevo Reino. Sin las providencias acertadas del Virrey Ezpeleta, la propaganda de Nariño hubiera, como un eco glorioso del movimiento de los comuneros del Socorro, producido una enorme explosión revolucionaria en el país.

Nariño, convicto y confeso del crimen de lesa patria, no fue sin embargo decapitado: se le mandó por expiación al presidio de Cádiz.

Allá estuvo por algún tiempo, hasta que, merced a una protección especial, se le puso en libertad. Libre ya, volvió al hogar doméstico, tomando para ello la vía del Orinoco y del Meta. Y llegó a tiempo, porque a su llegada estalló el trueno gordo, es decir, el 20 de julio de 1810.





Sin embargo, el glorioso día de la Patria no le encontró en la capital del virreinato, porque so pretexto de mejorar sus negocios, hacía frecuentes viajes en su calidad de comerciante y mantenía inteligencia secreta con el general Miranda, a fin de provocar una conmoción revolucionaria en el interior del país, mientras el otro se apoderaba de la costa de tierra firme.

El Virrey Amar husmeó un tanto las intenciones del joven bogotano, y por pronto remedio lo sepultó en una de las bóvedas de Bocachica, de donde salió un poco más tarde, para desempeñar funciones activas en el gobierno de Cundinamarca, ya como diputado, ya como presidente.

El general Baraya ganó gloriosamente la primera batalla de Palacé; pero rechazado luego por el general Sámano y sus pastusos, desapareció por el momento del teatro de aquellos interesantes acontecimientos.

A fines del año de 13 de la presente centuria, Nariño fue nombrado por el Congreso, general en jefe del ejército que debía abrir y abrió efectivamente, operaciones militares hacia el sur de la República.

Acompañado por muchos buenos y valientes, especialmente por el general Cabal, sabio y guerrero a un mismo tiempo, derrotó a los españoles en Palacé y en Calibío, tomó a Popayán y siguió sin pérdida de tiempo sobre la parte meridional, hasta poner al ejército independiente en la histórica hoya recorrida por el Juanambú.

Cuando esto sucedía, el general X, de acuerdo con el presidente Murgeón y a la cabeza de otro ejército, compuesto por españoles venidos de Lima, ecuatorianos realistas y pastusos más realistas que Fernando VII, había ocupado a Pasto, con ánimo resuelto de detener el paso al temerario granadino que, insolente y descarado, pretendía llevar la emancipación y la libertad hasta las tierras del sol.

Cierto día estaba el general X en una de las más lujosas casas de la ciudad de Pasto, recostado en un gran



sillón y rodeado respetuosamente por jefes y oficiales de su Estado Mayor.

Con aire supremamente satisfecho y como personaje seguro del triunfo y confiado en el buen éxito de sus operaciones, hablaba desdeñosamente y con aire de burla, de los insurgentes del Nuevo Reino, de sus ridículos propósitos y del terrible escarmiento que les preparaba.

Todos los circunstantes, sin dejar de tener menguada opinión de los talentos bélicos de su general, y de su carácter un tanto necio y un mucho presuntuoso, un tanto extravagante y un mucho mezquino, hacían coro y aplaudían las fanfarronadas y desatinos del viejo chapetón.

Cuando el vejete se sentía halagado por las lisonjas y adulaciones de sus subalternos, abandonaba su asiento, se erguía, movía orgullosamente la cabeza y exclamaba: “Yo haré entender a esos holgazanes lo que vale un soldado de Bailén; yo les haré comprender la importancia de un defensor de Zaragoza. Pues, no faltaba más, sino que unos mocosuelos atronados pretendieran medirse con un hombre de mi talla.”

Al acabar de decir estas palabras, apareció en el salón un oficial pastuso, conductor de un pliego, que entregó inmediatamente al general, diciéndole: “Vengo de parte del comandante Villota”.

El general tomó el pliego de manos del oficial, lo entregó luego a uno de los circunstantes, que hacía los oficios de secretario, y dijo con solemnidad: “Lea usted”.

El secretario leyó lo que sigue:

“Señor general: Los insurgentes han pasado el Juanambú por los pasos del Boquerón y de Funes, y divididos en dos gruesas columnas, marchan sobre Buesaco y Tacines, sin que haya sido posible detenerlos: tales son su arrojo y su temeridad”.

—Ya se encontrarán —dijo el vejete—, con Acín, con Zambrano, Santa Cruz y con Delgado, y pagarán caro su arrojo.





Amaneció otro día, y los derrotados en Tacines comenzaron a llegar a Pasto, dando tristísimas nuevas de la marcha triunfal de los independientes.

Y no era la cosa tan trivial que se prestara para que su señoría el general en jefe de los godos continuara con sus baladronadas y su tono jactancioso, porque cuando los primeros fugitivos entraban en la ciudad, ya la montaña de Meneses y las demás crestas que demoran al norte de los ejidos de Pasto, comenzaban a divisarse cubiertas de soldados republicanos.

El capitán español, que aquello vió, creyó que el negocio no era pura chanza, y ocurrió al empleo de medios de defensa rápidos y prudentes. Su primera operación consistió en evacuar la ciudad, andar precipitadamente por el camino de Yacuanquer y avanzar todavía más para abrigarse en los desfiladeros del Guáitara.

Los granadinos, al percibir tal movimiento y al ver indefensa la ciudad, pensaron entrar en ella como Pedro en su casa y principiaron a disponerse para ello.

El general Nariño, traicionado, según se dice, por uno de sus oficiales, a quien había reprendido severamente por haber cometido la villanía de separar del tronco la cabeza del general Acín, o sumamente confiado en el resultado final de su gloriosa campaña, se hizo acompañar de su Estado Mayor y avanzó sin cautela hasta los alrededores de la ciudad para reconocer el campo.



Entre tanto, esos diabólicos pastusos, que por sus antecedentes temían ver entrar en sus hogares un ejército a quien tanto habían hostilizado, reunieron sus armas ocultas, formaron numerosas guerrillas y se prepararon para el combate, con el brío indomable y el incontrastable valor que siempre los ha distinguido.

Hubo una batalla que no queremos describir. Se peleó con notable serenidad por ambos lados: murieron muchos: triunfaron los pastusos: regresó X con sus tropas: se retiró el ejército con grandes pérdidas, y el general Nariño, prófugo y solo, se ocultó durante tres días en la montaña del Ratón para presentarse más tarde al enemigo y solicitar una honrosa y necesaria capitulación.



Obtenido aquel triunfo por los pastusos, triunfo a que no contribuyó en manera alguna el general X, tenemos a los vencedores ebrios de placer en su libertada ciudad.

El no haber contribuido al buen éxito de aquel combate y el no haber tomado parte como guerrero experto, no impidió a nuestro general el volver como señor omnipotente a sus acostumbrados propósitos de vanidosa fatuidad. Paseándose en su salón por entre dos filas de oficiales, se encaró con uno de ellos y le dijo:

—Comandante, ¿qué noticias tenemos del generalísimo de esos valientes?

—Se le cree oculto en la montaña —respondió el otro— y, o morirá de hambre o se presentará en breve tiempo. No le queda otro remedio.



—Pues, si se presenta, llevará un mal rato. Murgeón me ha dicho que a haberlo a las manos, lo haga fusilar inmediatamente, y lo haré.

—Y hará Usía perfectamente, dijo un pastuso de malísima catadura, y lo haría de mejor gana si el señor general supiese lo que el insurgente ha venido diciendo por todo el tránsito, con referencia a su persona.

—Pues y qué dice, o mejor, ¿qué decía?

—Decía, señor, que su Señoría es un viejo poltrón, un holgazán, un mentecato, un idiota, y que una vez tomada su persona, tenía de divertirse con ella a las dos mil maravillas.

—¿Conque eso dice el malandrín? ¿conque eso dice el insurgente? ¿conque eso dice el bellaco? ¿conque eso dice el cobarde? comandante Santa Cruz, es preciso, es de rigor que usted me entregue ese miserable, para hacerle entender con quién trata, y para hacerle saber hasta dónde llega la justa cólera del general X, fiel defensor de los derechos de Su Majestad y azote de los malsines americanos.

Tres días después de esta escena escuchóse gran rumor de voces, de gritos y de amenazas hacia la parte baja de la ciudad. Aquel desorden era ocasionado por la entrada del general Nariño, quien bajo las tristes circunstancias de un derrotado, pero con los inseparables caracteres del genio, era conducido por una escolta que lo defendía difícilmente de la ira popular.

Puesto en una casa de dos pisos y colocado como prisionero en la parte alta de ella, antes de ser conducido a la presencia del comandante general, Nariño oía desde su aposento las coléricas vociferaciones con que una turba



enfurecida de fanáticos pretendía allanar el paso para darle muerte súbita y violenta.

El ilustre prócer de nuestras glorias, a quien la serenidad no dejaba jamás, se presentó espontáneamente en el balcón, y en la arenga concisa y elocuente se dirigió a la muchedumbre con razones tan claras y sencillas, tan conmovedoras e interesantes, que todo aquel pueblo, antes feroz y vengativo, se hizo manso y quieto, y renunció a toda idea de violencia.

Instruido el general X de la llegada de Nariño e instalado pomposamente en su salón de recibo, rugía como un tigre, saboreando el desquite que por medio de un patíbulo afrentoso había de tomar del atrevido rebelde.

Estaba regiamente arrellanado en su sillón, cuando uno de los oficiales anunció la llegada de la escolta conductora del preso.

—Adelante —dijo el magnate con voz sacudida y alterada.

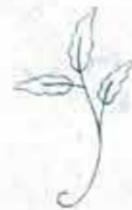
Pareció la escolta en el salón, y el preso en medio de ella, con el cuerpo encorvado y cabizbajo.

—Adelante —gritó el general sin moverse de su asiento—; avance usted y levante la vista para que yo le contemple de frente.

Avanzó el patriota en actitud humilde, y al ponerse cerca de su enemigo, enderezóse, clavó sobre él su intensa mirada y, como aterrizado de lo que contemplaba, retrocedió tres o cuatro pasos, como hombre sorprendido y estupefacto.

—¿Qué tiene usted, hombre? ¿qué le acontece? ¿ha visto usted alguna esfinge o algún basilisco?

Pareció reportarse un poco el general Nariño, y luego con voz entera y cadenciosa, con fisonomía apacible y digna, con mirada tranquila pero llena de decoro y de nobleza. dijo:



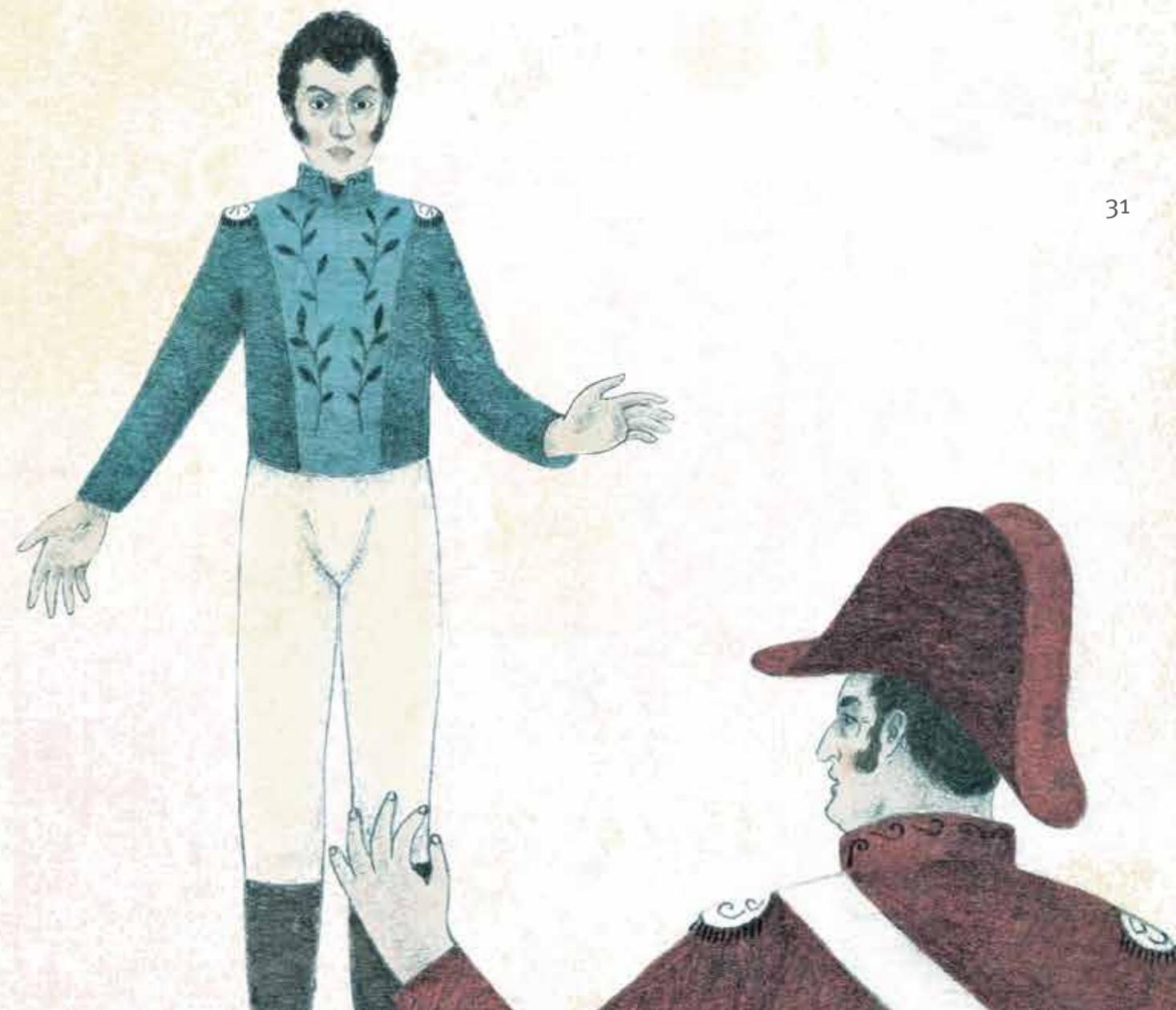
—Señor, se me engañó miserablemente; se me dijo que combatía contra un sandio, contra un idiota, contra un hombre ruin y mezquino. Mi sorpresa y mi admiración se explican, porque en lugar de todo eso, percibo en la mirada de Usía la luz brillante del genio y de la inteligencia. ¡Triste de mí, cuando hice armas en contra de Usía! Sí, mejor instruido, hubiese alcanzado a comprender la extensión de sus facultades, su pericia como guerrero y su importancia como general esclarecido, jamás me habría atrevido a tanto.

—Siéntate, hijo; siéntate aquí a mi lado; no se dirá jamás que el general X haya tratado mal a un descendiente de nuestra nobleza, no se dirá nunca que se haya manejado mal con un valiente general vencido. Pero, dime, hombre, ¿Por qué te has metido en esas vagabunderías, por qué has desconocido el poder de nuestro rey?

Después de una ligera conversación en que el vencedor usó de grandes consideraciones con el vencido, el primero dijo al capitán de la escolta:

—Conduzca usted al señor general Nariño al lugar de su prisión; vea que esté bien alojado, que se le atienda y que no se le toque ni un pelo de la cabeza, ni un pelo, ¿lo entiende usted?

El prisionero fue llevado a su destino, y el general, vuelto el rostro hacia su secretario y frotándose placenteramente las palmas de las manos, le dijo con tono enfático y regocijado: “Hombre, me la conoció el Nariñito”



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en: www.maguare.gov.co